

Los siguientes capítulos están dedicados al libro en Mesopotamia y Egipto, sus materiales de escritura, la forma del libro (rollo de papiro), los escribas, los sistemas de escritura, la aparición del alifato y su posterior evolución, la función social de la literatura, con comentario especial de algunos libros que han tenido una significación más destacada, sobre todo el poema de Gilgamesh y el Pentateuco. Cuestiones que desarrolla y amplía también en las culturas griega y latina.

Al final del Imperio Romano se verifica uno de los mayores hallazgos con la aparición del arte de la encuadernación de los manuscritos en pergamino. Con el códice, como se le llama, que sustituye al rollo de papiro, es más fácil el transporte del libro y su duración es mucho más dilatada. Precisamente por acortarse el volumen, también admite una capacidad mayor de escritura. El final del Imperio Romano trajo consigo asimismo una fuerte decadencia cultural. Al principio de la Edad Media la copia y la lectura de los libros se reducen a los conventos de religiosos. Los apuntes histórico-literarios que de esta etapa anota Hipólito Escolar nos sitúan adecuadamente el proceso en estos siglos tan oscuros para la literatura. Sin embargo, existen libros de gran lujo, bellamente ilustrados, con una caligrafía esmerada y una encuadernación ostentosa.

Después de un capítulo dedicado al libro islámico, y en especial a su obra básica, el Corán, que le sirve de paso a Escolar para señalarnos las influencias culturales del mundo árabe, se pasa a la Baja Edad Media, en la que lo más destacado culturalmente es la aparición de las universidades, y con ellas la preocupación por los estudios humanísticos, que, aunque están dirigidos principalmente a la clase alta, la extensión de la enseñanza produce una mayor propagación del libro, en especial los de los autores clásicos y los de consulta y de texto. Con el mayor consumo de libros hay pareja una mayor calidad técnica.

En el siglo XV tiene lugar el invento quizá más importante para el libro: en Maguncia, Juan Gutenberg descubre la imprenta, saliendo el primer impreso en 1456, la Biblia de Gutenberg. El traslado de esta técnica al resto de los países europeos nos lo relata Escolar con todo detalle, así como las características de los denominados incunables. Aquí, en España, el primer impreso se supone que es el Sinodal de Aguilafuente, un libro de actas de un sínodo, que aparece en Segovia en junio de 1472, confeccionado por el impresor alemán Juan Parix. La mayoría de estas primeras impresiones tienen un carácter religioso, y financiadas generalmente por los obispos.

La consolidación de la imprenta en el siglo siguiente se debe en parte a la coincidencia con el erasmismo y el luteranismo. De los escritos de Lutero, según nos informa Escolar, se llegaron a vender hasta dos millones de ejemplares a lo largo del siglo XVI. Estas páginas están consagradas con preferencia a los principales impresores de la época, como los Manucio, Lotter, los Estienne, Plantino, que fue editor de la Biblia de Arias Montano; Brocar, que lo fue de la otra Políglota, la Complutense; relatándonos los datos más definitivos de sus respectivas trayectorias. La parte negativa de la época es, sin duda, el surgimiento de una fuerte censura para lo que las autoridades eclesiásticas consideraban herético. Como consecuencia del Concilio de Trento se confecciona el tan bochornoso como célebre, tan nefasto como anticristiano, *Indice de libros prohibidos*, publicándose en 1564 por Pablo Manucio.

La calidad de impresión y de materiales experimenta una considerable baja en el si-

glo XVII, buscando un público más popular. La lengua usada empieza a ser mayoritariamente la romance, y se editan menos los clásicos de la Iglesia. La censura sigue siendo importante, a la que se le añade el problema de los elevados gravámenes que ahora tiene que soportar el libro. La novedad más destacable es la aparición de las publicaciones periódicas.

En el mundo de la cultura europea el siglo XVIII es, ante todo, el siglo de la Enciclopedia, que comienza a publicarse en 1751 bajo la dirección en un principio de Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert (después sólo Diderot), con colaboradores tan notables como Rousseau, Voltaire y Montesquieu. En los 35 volúmenes que completaban la magna obra se quiso recopilar los conocimientos que hasta entonces se tenían de las ciencias y las artes. Por supuesto, el Vaticano la condenó, dictando excomunión para aquellos católicos que la poseyesen.

Por otra parte, es el siglo tal vez más importante en la creación de tipos de letra. Francia aporta un Didot, Inglaterra un Baskerville e Italia un Bodoni, cuyas tipografías siguen vigentes hoy día. Si añadimos al español Joaquín Ibarra, tendremos la plana mayor de los impresores del siglo.

En España cobra auge la imprenta a mediados del XVIII. El más notable, como hemos dicho, fue Joaquín Ibarra, impresor de la más prestigiosa y buscada edición del Quijote (1780), siendo el segundo puntal de la imprenta española de la época Antonio Sancha, en cuyos talleres se dio a luz una gran parte de la literatura española coetánea.

La revolución industrial que tiene lugar en el siglo XIX incide de una manera decisiva en la producción del libro, con los consiguientes cambios que el autor del trabajo explica minuciosamente, fundamentalmente la difusión de la esterotipia, la creación de la litografía, el fotograbado, la linotipia. En España la litografía alcanza una muy alta calidad, siendo los principales cultivadores José Madrazo, Francisco Javier Parcerisa y Genaro Pérez Villaamil. Entre los editores sobresalen Manuel Rivadeneyra, Francisco de Paula Mellado y, al final del siglo, Saturnino Calleja. Coincidiendo con el Romanticismo hay que mencionar la aparición del folletín como la novedad más curiosa de un intento de hacer mercado.

Se cierra esta magnífica *Historia del Libro* con un recuento del estado de libros y periódicos en el presente siglo, con datos sobre analfabetismo, producciones de libros en el mundo, áreas lingüísticas, traducciones, libros de bolsillo, incidencia de la prensa, etc., relatando los últimos progresos derivados de la era de los ordenadores, y mención de los grandes editores contemporáneos y creación de organismos como el INLE.

Si a la preciosa obra de Hipólito Escolar añadimos la gran calidad de la edición que ha realizado la Fundación Germán Sánchez Ruipérez con Ediciones Pirámide, sólo podemos darles la más incondicional enhorabuena.

Eugenio Cobo

Sobre un detective con mala estrella*

Constituye un hecho histórico en el seno de la literatura moderna el modo en que, desde la novela *negra*, se han cuestionado las clasificaciones tradicionales de los géneros y los subgéneros narrativos. Desde los primeros relatos policíacos que se apartaban de los atajos y laberintos diseñados en su mayoría por autores británicos, en la esfera del folletínismo, o exaltando sempiternamente las intrigas en salas con jarrones chinos, ese viaje irregular de la novelística *negra*, establece un profundo desplazamiento, e incluso delimita una línea fronteriza. Se relaciona de una forma directa con los universos sombríos de Poe, cruza un océano, desarrolla desde la concisión sus hallazgos expresivos, en paralelo con el lenguaje cinematográfico y el desarraigo melancólico de los autores de la «generación perdida», crea arquetipos nuevos, y se sitúa en el espacio amplio y polivalente de la aventura y el testimonio social, aunque sin renunciar en ningún momento a su identidad originaria y a su vocación marginal.

Sin embargo, en sus principios, la novela *negra* supuso un fenómeno de literatura intencionada, cuyo antecedente inmediato se halla en *Santuario*, de William Faulkner. Poco después, con la proliferación de los «pulp» y el triunfo renovado de algunos relatos por entregas en publicaciones de esta naturaleza, aparecería como libro *Cosecha roja*, de Dashiell Hammett, definiendo sobre la marcha la cadena de rasgos y motivos de la escritura «hard-boiled» de los años veinte, que asienta la caracterización formal de las obras del género, a lo largo de varias décadas, con un punto dominante de dureza.

Como fundador y artífice de una novelística, Samuel Dashiell Hammett acuña con su producción —que abarca relatos, guiones radiofónicos, cinematográficos y de comics, además de las novelas— numerosos planteamientos que siguen siendo visibles en las creaciones de los autores que *resucitan* el género con un ritmo periódico. Hablamos, en consecuencia, de un escritor que revolucionó su época a través de las exigencias constantes de sus obras, y que sufrió de un modo descarnado y brutal los efectos de tan difícil trabajo, manteniendo su dignidad.

La biografía *Dashiell Hammett*, de Diane Johnson, parte de presupuestos diferentes. Como estudio sistemático, sigue la pista personal de Hammett desde su infancia hasta su solitario extrañamiento en Martha's Vineyard, cobijado por amigos leales, y visitado, cuidado, y con mayor frecuencia abandonado por Lillian Hellman, la mujer que mejor explotase la celebridad del creador de *El agente de La Continental*.

Como aproximación a una figura polémica, sobre la que aún existen misterios y perviven lagunas e interrogantes, la biografía refleja sus rasgos para ubicarlos en los sucesivos contextos en los que Hammett combatió por la subsistencia, desde sus actitudes

* Dashiell Hammett. Biografía, de Diane Johnson. Seix Barral. Barcelona, 1985; 399 páginas.